

se pudiera decir que *todos* fueron sacrificados en la plaza de «El Matadero.» Lo natural habría sido que si TODOS rindieron la jornada en dicho lugar, de una vez se hubiera ordenado que así se estampara en el pie del cuadro. Esta segunda particularidad del acuerdo corrobora la deducción sacada de la primera.

Atando pues cabos, entre lo que vio Scott y lo que reza el acuerdo de 1855, podríamos deducir que en la plaza de «El Matadero,» hoy de «La Independencia,» fueron ejecutadas solamente cuatro de las víctimas del 24 de febrero. Las cinco restantes debieron serlo en otro lugar de la ciudad. Dónde? Algún día, con mejores datos, se aclarará tal vez esta duda.

E. DE SALDANHA

(Del *Boletín Historial* de Cartagena)

DON RICARDO CARRASQUILLA

El poeta regocijado y hondamente filosófico, dechado de institutores católicos, ferviente apologista de la fe, cristiano sin miedo y sin tacha, cuyo retrato publicamos hoy, nació en Quibdó, capital del territorio chocoano, el Potosí, la Jauja de Colombia, el 22 de agosto de 1827.

Fue su padre el coronel don Pedro Carrasquilla, militar distinguido de nuestra guerra de emancipación. Su abuelo paterno don Tomás Rivera Carrasquilla, natural de Sanlúcar de Barrameda, cuando estalló la pugna entre españoles peninsulares y granadinos, escribió a su hijo: «La causa de los americanos es justa, pero yo no puedo ir contra mi rey y señor natural.» Y para no hallarse entre dos caminos que su conciencia reprobaba, regresó a la tierra nativa (1).

(1) Samper. *Galería de hombres ilustres y notables.*

Don Pedro, que era oriundo de la villa de Honda, donde aún existen las ruinas de su casa solariega con el nombre de *Casa de los Carrasquillas*, casó con doña Cruz Ortiga y Nariño, hija de don José, cuya firma aparece en el acta de 20 de julio de 1810 y en la declaración de independencia absoluta, de 19 de julio de 1813, y sobrina de don Antonio Nariño, el precursor. El coronel Carrasquilla partió con su mujer para el Chocó, con cargo de Gobernador de la provincia, y allá nació el primogénito don RICARDO. Trajéronlo a la capital a los once meses de edad, y en Bogotá vivió y murió, sin hacer otros viajes que los que él enumeró en estos versos:

«Por el norte, a Chapinero;
por oeste, a Fontibón;
y por los otros dos puntos,
el oriente y mediodía,
estuve en la Peña un día
y en Tunjuelo, una ocasión.»

Quedó don RICARDO huérfano de padre a los trece años de su edad; y su madre, en suma pobreza, emprendió sola la educación de su hijo. Por el Padre Mario Valenzuela, quien trató íntimamente a la señora, sabemos que era mujer de extraordinario talento, sólida piedad cristiana, caridad inagotable, firmeza varonil de carácter. De aquella forja salió el joven hermosamente modelado y con energías bastantes para instruirse a sí mismo, y llegar a ser correcto escritor, poeta inspirado y elegante, elocuentísimo orador religioso, institutor sabio de enseñanza superior. Contrajo matrimonio, en 1855, con doña Emilia Ortega, su prima hermana, hija del General José María Ortega Nariño, compañero de Ricaurte, Girardot y Vélez, de los libertadores de Venezuela (1).

(1) Véanse los *Apuntes autobiográficos del General José María Ortega y Nariño*, en los tomos 1.º y 2.º de la REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO.

DON RICARDO CARRASQUILLA puede considerarse por muchos aspectos. Como poeta festivo, cabe compararlo con Joaquín Pablo Posada y José Manuel Marroquín; con la ventaja sobre el primero de que la musa de CARRASQUILLA es tan pura y caritativa como alegre y ligera; y sobre ambos, de que los donaires son el vestido de colores con que cubre a la filosofía para que pueda entrar a las fiestas populares y hacerse oír de toda clase de personas.

La poesía titulada *El poder del hombre*, termina así:

Todo el humano poder,
toda la grandeza humana
es correr tras un mañana
y suspirar por ayer.

El hombre y la mujer concluye de este modo:

Y por eso, si un momento
resuelve el hombre sentir,
sin que lo llegue a advertir
siente con el pensamiento.
Y si, en muy rara ocasión,
la mujer quiere pensar,
sin llegarlo a sospechar,
piensa con el corazón.

Compendia así la Historia Universal:

Es axioma conocido
que el partido vencedor
es siempre conservador
y liberal el vencido.

A raíz de la desamortización de los bienes eclesiásticos escribió:

En esa patria bendita
que *la boba* se llamaba
era liberal quien daba,
y hoy es liberal quien quita.

Una de sus coplas para bambuco:

Todo lo saben los sabios,
sólo ignoran la verdad;
todo lo compran los ricos,
menos la felicidad.

Poco escribió CARRASQUILLA en prosa. La suya era correcta, limpia, y perfectamente clara, sin arcaísmos rebuscados, ni frases forjadas a martillo. *La literatura homeopática* es una joya conocida en toda la América española.

Como filósofo, fue uno de los colombianos que estudió con más ahínco y que pensó más hondo. No lo llevaba a tales investigaciones vana curiosidad de saber, sino el empeño de armarse para defender y propagar la fe católica. El fruto de treinta años de labor filosófica, la apología que compuso en favor de la religión, es un librito de cincuenta y cuatro páginas en minúsculo formato. Se llama *Sofismas anticatólicos vistos con microscopio*. Mejor que conceptos críticos, darán idea del método y del mérito de la obra, dos o tres citas tomadas al acaso:

«A medida que se perfecciona el antejo, se perfecciona la visión, luego el antejo ve.»

«A medida que se perfeccionan los órganos del cuerpo, se ejercen mejor las facultades del alma, luego la materia piensa, quiere, siente.»

IX

«Todos los perros son vivientes, luego todos los vivientes son perros.»

«Todo lo moral es útil, luego todo lo útil es moral.»

X

«A mí me gusta la leche, pero no la leche blanca.»

«A mí me gusta la obediencia, pero no la obediencia pasiva.»

XXIX

«Juan Lanas opina que los muebles no son obra de los carpinteros sino de la carpintería.»

«Los ateos dicen que las obras naturales no son hechas por Dios sino por la naturaleza.»

Al tratar del señor CARRASQUILLA como orador religioso—único género de oratoria que quiso cultivar—cedemos la palabra a quien más de cerca lo conoció y mejor puede juzgarlo:

«No redactó jamás un discurso de antemano, ni aun tomó notas escritas, ni hizo apunte alguno. Se preparaba paseándose en su cuarto o en los corredores; trazaba el plan, concebía y ordenaba las ideas, pero dejaba la forma confiada al calor del discurso mismo. Así dispuesto, subía a la tribuna. Era de elevada estatura, grueso y bien formado, con rostro en que se hermanaban la gravedad y la dulzura. Tenía voz de bajo profundo, pero tan sonora que se dejaba oír en los más dilatados recintos. Fluía a torrentes la palabra, sin una vacilación, sin repetirse, sin una muletilla, ni un tropiezo. La acción oratoria era amplia, majestuosa, solemne. El discurso, al calor que brotaba de aquel pecho, encendía el verbo como ascua; y todas esas condiciones producían en los oyentes un efecto tal, que no se borraba después por entero, en todo el curso de la vida» (1).

(1) *Apuntes sobre Ricardo Carrasquilla*, por José Manuel Marroquín. REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO, tomo VII. La cita anterior es del apéndice que puso a los *Apuntamientos* el doctor Rafael María Carrasquilla.

Entre los institutores colombianos, don RICARDO CARRASQUILLA ocupa uno de los puéostos preeminentes. Dedicó a la educación de los jóvenes treinta años no interrumpidos: tuvo entre sus discípulos, que se cuentan por centenares, lo más granado de todas las provincias de la nación; con intuición genial adivinó muchos métodos y procedimientos que pasan como recientes invenciones europeas; se hizo venerar de sus alumnos y querer entrañablemente de todos ellos; supo imprimirles en el alma un sello de religiosidad, patriotismo y honor tan imborrable como el que deja en la piel un hierro candente. En el número de los hijos espirituales suyos se encuentran dos Arzobispos, muchos eminentes sacerdotes seculares, no pocos ejemplares y sabios religiosos, y gran parte de los hombres que han figurado con honra en las letras, las ciencias, las artes, la política y el Gobierno.

Sobre la vida íntima de don RICARDO traen los más interesantes pormenores los *Apuntamientos*, arriba citados, de don José Manuel Marroquín, completados por el doctor Rafael María Carrasquilla. Asombra ver en un laico del siglo XIX rasgos que parecen arrancados de las vidas de los santos. Aquí la sencillez infantil, allí la humildad más sincera: acá la caridad con los pobres, acullá el heroico perdón de las injurias; la mansedumbre que todo lo sobrelleva, el celo por la justicia que todo lo atropella; la intolerancia absoluta, sin atenuaciones ni paliativos contra el error; la tolerancia maternal con los que erraron, y que hizo que los portaestandartes del racionalismo fueran sus íntimos amigos, sus admiradores más fervientes.

A una severidad incorruptible de vida, a una piedad cristiana ferventísima supo unir las *exterioridades* mundanas: nada hubo en él de gazmoño, nada de hipócrita; no hizo jamás alarde ni de su cuna, ni de su saber, ni de sus virtudes.

Su muerte fue la del justo; sus funerales un triunfo. Ha quedado su imagen en la memoria de los que lo trataron y se ha transmitido a la mente de los que no tuvimos la dicha de verlo ni de oírlo.

Un sacerdote joven, el presbítero Teodoro Rosas Castro, decía una vez que estuvimos en Bogotá:

«Mientras que los demás colombianos finados viven en el entendimiento de la posteridad, CARRASQUILLA mora en el corazón de las generaciones nuevas. A otros hombres pretéritos se les conoce antes de amarlos. Yo aprendí a querer a don RICARDO antes de conocerlo.»

Nos adherimos a este concepto, sin reserva.

(De *Horizontes* de Bucaramanga, enero 1.º de 1916)

EL REVERENDO PADRE RAFAEL ALMANSA

Oración pronunciada con motivo de su jubileo sacerdotal, en la iglesia de San Diego

Hoy es día de regocijo para los sacerdotes y para los demás habitantes de esta católica ciudad, sin diferencia de edades, condiciones y humanos pareceres, porque estamos festejando las bodas de oro de un amigo, un consolador, un padre, y nos hemos congregado para ello en este sacro recinto, última reliquia de tiempos que fueron y que no volverán nunca. Los que nacimos en la antigua Bogotá, llena todavía de monumentos, de recuerdos y costumbres de la vieja Santafé, necesitamos a tiempos huir del tráfico y bullicio ciudadanos, reposar de la in-